



OPINIÓN

* Por Jaime Quezada

Evocación californiana
de Fernando Alegría

Hacia finales de mayo de 1987, hace exactamente 54 años, llegué yo a la hospitalaria casa californiana de Fernando Alegría (1918). Un domingo en la mañana con un intenso calor a orillas, a dentro, a fuera y a una hermosa autostopista del país nortí, y que crecían fuertemente en el amplio patio de su residencia en Palo Alto. Y que ahora adornaban el asado muy cálido que el propio escritor condimentaba en mi homenaje.

Así, el novelista, el poeta, el ensayista, el historiador de nuestra literatura hispanoamericana, el catedrático de Berkeley y Stanford se me revelaba en toda su radiante dimensión humana. Y, sobre todo, en lo chileno y chilénísimo que había en él, en su espontáneo humor y su resuelta gracia. Yo que llegaba por no más de 12 horas a visitarlo, me quedaba 12 nobles días como huésped. Semanas antes me había honrosamente cedido su ciudad Emeryville en la Universidad de Stanford para que dictara un breve curso de poesía chilena contemporánea. Desafío y elogio, a la vez, que bien agradecí leyendo a viva voz un poema de su libro *Los trapezoides* (1985) que iba corrigiendo en mis carpetas: "Nos reconocen el tiempo y silba su tonada/ nada nos repata, sólo una ciudad en silencio/ nuestros parientes van de ventana en ventana/ abriendo los retratos que conocimos en los sueños".

Antes estaba en su acogedora y liberadora bella casa de su California de años, teniendo siempre muy fuerte de mí a un Fernando Alegría dialogante, conversador, amnésico, crítico, reflexivo, fabulador, dialectico, demotivador. Cualidades todas que siempre le han dado su conducta y fidelidad a su, en buena hora, irrevocable oficio de escritor. Y también un apego rotundo al país nortí de Chile.

Porque Fernando Alegría la peor de sus tantas y muchos relevantes años en los Estados Unidos nunca ha dejado de sentir la patria y de vivirla emocionalmente hasta los truenos: "No sé nunca de mi barrio cerca del Mapocho, del Frontal, del cerro San Cristóbal, de la Vía, de la madrugada, buscando, pensando. Por ahí debe estar todavía mi casa, mi mesa, mi olla, mis libros, mis papeles y retratos que ya no se ven, que no se ven más". Puede decirse que el escritor vuelve a Chile todas las mañanas: "Al acostarme a la ventana de mi casa, aquí en Palo Alto, nunca sé si la cortina todavía estará como una silbana colgando frente a mí".

Entre esas nostalgias, su mimetismo casa me resultó tan chileno y tan de continente latinoamericano. Era cosa de mirar aquellos vivenciales retratos entre sus tantos sorprendentes libros. Una foto gatuna de Borges. Otra de un Fernando Alegría casi adolescente al lado de una Gabriela Mistral viendo sus tradicionales faldas talares. Una vida, no cabía duda, hecha por todos juntos: "Personas que atraviesan paredes. No necesitan abrir puertas. Todos dejan huellas duraderas". Y yo que había leído sus obras, tenía ahora el privilegio de atravesar las paredes de su californiana casa. Y tener, ahí, al autor mismo sin mito ni vanagloria. Al hombre Fernando Alegría en toda su humanidad.

* Jaime Quezada es poeta, autor de los poemarios *Reflexión y Huelga* y de los poematos *Un viaje por Solentano*.

El ocaso de

Por el aniversario la vez de Fernando Alegría (83 años), a pesar de la distancia de un hemisferio que separa a Chile de Estados Unidos, se enciende nitida y sin interrupciones. Sin embargo, de pronto dice: "Podríamos juntarnos". Como se sabe, uno de los trastornos propios del Mal de Alzheimer -enfermedad que hace poco más de un año le diagnosticaron a este escritor, escritor postulado al Premio Nacional de Literatura y figura fundamental de la Generación del '38- es la pérdida del sentido espacio temporal. La memoria es la principal afectada. Pero, con toda, la imaginación de Alegría permanece activa. "Aquí estoy -afirma después-, trabajando en varios libros al mismo tiempo y en especial en una novela acerca de mi último viaje a Chile". Aquella visita la realizó en la segunda mitad de la década pasada. Vio con su hijo mayor, Santiago, con quien recorrieron el sur del país. Ya en ese momento su salud estaba deteriorada y debido a ello Santiago, en su calidad de médico, decidió terminar el recorrido antes de lo presupuestado. La dolencia ha tenido una progresión rápida. El año pasado, su familia decidió ingresarlo en un hotel para personas de la tercera edad en San Francisco, ciudad donde, por cierto, Alegría se afilió en su juventud tras cursar un doctorado en literatura latinoamericana en la Universidad de Berkeley y ocuparse luego en esa misma casa de estudios su carrera como académico.

Primo a la lejanía, el autor de *Caballo de Copas* -su novela más reciente con la que obtuvo el Premio Municipal de Letras en 1958, ganándole incluso a Coronación, de José Donoso- jamás se ha desvinculado de nuestro país. De hecho, desde los años '60 su sobrino el arquitecto Julio Alegría se ha descomplicado como sus "ojos" en Chile. Julio cuenta que a lo largo de su vida su tío Fernando siempre estuvo ligado al movimiento nacional, tanto desde la política como desde la literatura. A mediados del siglo pasado participó laboriosamente en las campañas del Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda y después en las postulaciones presidenciales de Salvador Allende. Además, en los '60 obtuvo fondos de la Fundación Ford para organizar el primer Taller de Escritores de nuestro país, en la Universidad de Concepción. Asistieron a aquella instancia escritores como Jorge Trillón, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, José Donoso y Antonio Huarán.

La imagen del ocaso, aún siendo un hombre extremadamente activo, nunca le fue ajena a Fernando Alegría. Desde ya en su ensayo autobiográfico *Una especie de memoria* (1987) y en la novela histórica *Allende, mi vecino presidente* (1990), desarrolló en sus protagonistas la imagen del declive entremezclando realidad y fantasía como un modo de profundizar el testimonio. Aquellos textos, como le sucede a la mayor parte de su obra, poseen inadvertidos para los lectores chilenos, aunque no para sus pares literarios. La bibliografía de Alegría integra nada menos que alrededor de 50 libros, entre cuadernos de poemas, narraciones y ensayos.

Precisamente en este último género radica su mayor prestigio en habla hispana, con títulos como *Las fronteras del realismo* (1962) y *Literatura chilena del siglo XX* (1983). Tan vasto trabajo, según la mayoría de sus colegas escritores, lo ha convertido en una figura central de la llamada Generación del '38, junto a los supervivientes Volodia Teitelboim, Francisco



Fernando Alegría, una de las figuras fundacionales de la Generación del '38, permanece desde hace un año en un hotel de reposo en San Francisco, Estados Unidos, aquejado de Mal de Alzheimer. Es la hora de la recapitulación, aunque de un pícaro como Alegría siempre se puede esperar una sorpresa.

Colazo, Luis Merino Reyes y el fallecido Nicomedes Guzmán. Y, sin embargo, hoy por hoy permanece en el limbo de su propia memoria y alejado de sus queridos barrios de Independencia y Recoleta, lugares en los que se desarrolló la mayoría de sus cuentos y novelas.

Un inventor de Chile

Según el escritor José Miguel Viana, la influencia de la señora Julia Níro fue crucial en las vidas de sus tres hijos Julio, Santiago y Fernando Alegría. Ella les habría inculcado el respeto de la cultura popular chilena desde una perspectiva culta. En rigor, se trataba de una familia de clase media de tendencia radical, y conociente con ello los

hijos evolucionaron hacia la inquietud al llegar a la edad adulta. Con todo, el único que militó en un partido fue Julio, quien en su juventud ingresó al Partido Comunista y llegó a ser, durante el gobierno de la Unidad Popular, embajador de Chile ante Bulgaria. Santiago, en cambio, se convirtió en acuarelista y Fernando a los 13 años supo que su destino era la literatura. Como escritor siempre mantuvo una estricta independencia política, lo que no le impidió apoyar a los candidatos socialistas durante el siglo pasado.

Pero, más allá del aspecto ideológico, Fernando Alegría exploró en su obra el lenguaje y los personajes criollos con singular humor. *Caballo de Copas*, de hecho, es una novela picaresca

El ocaso de un audaz [artículo] Iván Quezada E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quezada, Iván

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El ocaso de un audaz [artículo] Iván Quezada E. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile